

## PASTORAL COLECTIVA

(1944)

El Arzobispo Primado, los Arzobispos, Obispos, Vicarios y Prefectos Apostólicos al Venerable Clero Secular y Regular y a los fieles de Colombia, salud y bendición en el Señor.

Congregados en la capital de la República a fin de deliberar acerca de los intereses del pueblo cristiano a nosotros encomendado, experimentamos ante todo la necesidad de comunicarnos el sentimiento de íntima unidad y de perfecto acuerdo de espíritu y voluntades que desde el primer momento ha reinado entre nosotros. “¡Oh, cuán buena y dulce cosa es el vivir los hermanos en mutua unión!”<sup>1</sup>, podemos exclamar en el Salmista. Y no podía ser de otra manera, puesto que el Señor en su misericordia infinita ha querido que “la caridad de Dios esté difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado”<sup>2</sup>, y puesto que esa caridad es precisamente el medio de que Dios quiso valerse desde los principios de la Iglesia para que se realizara la unión que Cristo pedía a su Padre en la última cena, para sus Apóstoles, de quienes nosotros, aunque indignos, somos sucesores: “¡Oh Padre Santo! guarda en tu nombre a éstos que Tú me has dado, a fin de que sean una misma cosa, así como Nosotros lo somos”<sup>3</sup>.

Si hay un distintivo bien señalado en la Iglesia desde sus orígenes, ese distintivo es la unidad. La unidad se manifestó primero en el Colegio Apostólico, y tuvo su razón de ser y su fundamento en la persona del Divino Maestro, en torno de quien se agrupaban los que por Él habían sido llamados con el fin de ser enviados a difundir la semilla evangélica por todos los ámbitos del universo. Esa unidad se ha prolongado en la Iglesia a través de todas las edades y a pesar de todas las vicisitudes, hasta el punto de constituir una de las notas distintivas de la sociedad que el Salvador estableció como continuadora de su obra: “Creo en la Iglesia una, santa, católica y apostólica”.

El secreto de esta unidad está en el origen mismo de nuestra fe, que es Dios: “Uno es el Señor, una la fe, uno el bautismo; uno Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y gobierna todas las cosas, y habita en todos nosotros”<sup>4</sup>. Precisamente para que esta unidad se mantuviera inviolablemente en su Iglesia, Cristo en su sabiduría infinita la estableció sobre un fundamento vivo, la hizo descansar en una autoridad fortalecida con las promesas divinas de firmeza y de infalibilidad. Vosotros sabéis, amados hijos en el Señor, que ese cimiento que Cristo dio a su Iglesia es el primado conferido a Pedro, primado que se perpetúa en sus sucesores, los Romanos Pontífices.

¡Qué grato y qué consolador es saber que navegamos en medio de borrascas que sacuden el universo en la nave que no puede zozobrar porque está en el timón de ella aquel a quien el Hijo de Dios prometió su asistencia como garantía de que había de llegar a puerto seguro! Nosotros que sabemos muy bien que Dios nos ha comunicado su autoridad para gobernar al pueblo católico, por medio del Romano Pontífice; nosotros que sabemos que quien no recoge con el Vicario de Cristo desparrama; nosotros que sabemos que en todo tiempo los pastores y los fieles del mundo entero han vuelto la mirada a la Cátedra de Pedro en busca de la doctrina que los ilumine y los guíe; nosotros que de una manera especial en estos días turbios que está viviendo la humanidad hemos vuelto nuestros espíritus y nuestros corazones acongojados al Papa cercado de tantos peligros y asediado por tantas amarguras, tenemos razón para sentirnos más que nunca un solo corazón y una sola alma con el Padre común, para experimentar de una manera que pudiéramos llamar palpable la unidad de la Iglesia, de Pastores y de fieles, en torno del Representante de Cristo en la tierra.

¡Y cómo quisiéramos, amados hijos en el Señor, llevar a vuestros ánimos la persuasión de la necesidad que tenéis de esta unidad que Cristo quiso para su Iglesia! El mismo dijo en el Evangelio que “todo reino dividido contra sí será desolado; y toda ciudad o casa dividida contra sí no subsistirá”<sup>5</sup>.

Especialmente en tiempos agitados, como los que nos ha tocado vivir, es necesario procurar que reine entre nosotros la perfecta unidad, esa unidad que se realiza cumplidamente por el conocimiento de la verdad y la agrupación bajo el llamado del Pastor del único redil. y es por esto precisamente por lo que el enemigo de todo bien trata de sembrar la desunión y la discordia en el campo del Padre de familia. Es sabido de todos vosotros cómo se han empeñado en los últimos tiempos en difundir entre nosotros el error aquellos hijos extraviados de Dios, que desconociendo la autoridad de la única verdadera Iglesia se denominan a sí mismos protestantes agregando diversas calificaciones a esta primera denominación. Nosotros, encargados por Dios de velar sobre nuestras greyes, vemos la necesidad y la obligación de dirigir nuestra voz para precaveros del peligro descubriéndolos la falacia de quienes suelen presentarse a vosotros como portadores de doctrinas que han de traeros la paz y la tranquilidad de vuestras almas junto con el conocimiento del camino de la salvación. Sentimos el deber de decir os con Nuestro Señor: “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, más por dentro son lobos rapaces”<sup>6</sup>; y también: “Son ciegos y guías de ciegos; y si el ciego guía al ciego ambos caen en el hoyo”<sup>7</sup>.

Meditando delante de Dios acerca de la manera como más adecuadamente pudiéramos cumplir con esta obligación de precaveros contra los asaltos a vuestra fe, que debe ser considerada por vosotros como vuestro más preciado tesoro y vuestra mejor defensa en los tiempos calamitosos que atravesamos, hemos creído que lo más indicado y más conveniente es haceros ver de modo directo los fundamentos en que descansa la autoridad de la Iglesia Católica, para que, en consecuencia, veáis la ninguna autoridad de quienes se ocupan en sembrar el error protestante entre vosotros.

<sup>1</sup> Ps. 132. 1.

<sup>2</sup> Rom. 5, 5.

<sup>3</sup> Io. 17, 11.

<sup>4</sup> Eph. 4,5-6.

<sup>5</sup> Matth. 12, 25.

<sup>6</sup> Matth. 7. 15.

<sup>7</sup> Matth. 15, 14.

## 1. Necesidad de una misión divina para que alguien pueda hablar en nombre de Dios. Así como Moisés y los profetas fueron enviados por Dios, Cristo vino a este mundo como enviado de su Padre.

Cuandoquiera que un hombre es elegido por Dios para que comunique a los demás hombres las verdades que Dios quiere hacerles conocer o sus voluntades que quiere ver cumplidas por ellos, es regla invariable que ese hombre debe presentar argumentos ciertos de que Dios lo ha enviado, de que ha recibido de El una misión.

Este principio está confirmado en toda la Sagrada Escritura. Moisés y Aarón antes de presentarse a Faraón y al pueblo de Israel fueron llamados por Dios y enviados por El; además recibieron el poder obrar prodigios que los acreditaran como enviados de Dios.<sup>8</sup> Los profetas que se dirigían a la nación escogida para hablarle en nombre de Dios recibieron de El antes una misión propiamente dicha, que el Señor los ponía en capacidad de probar por la revelación de los acontecimientos futuros, por las cosas extraordinarias que hacían y por la santidad de su vida. Y precisamente los falsos profetas eran falsos porque hablaban en nombre de Dios sin que Dios les hubiera encomendado hacerlo. “No queráis escuchar, decía el Señor por boca de Jeremías, las palabras de los profetas que os profetizan y os embaucan; ellos cuentan las visiones de su corazón, no lo que ha dicho el Señor... Yo no enviaba, dice el Señor, esos profetas; ellos corrían; no hablaba Yo con ellos, sino que ellos profetizaban”<sup>9</sup>.

“Dios, que en otro tiempo habló a nuestros padres en diferentes ocasiones y de muchas maneras por los profetas, nos ha hablado últimamente en estos días por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero universal de todas las cosas, por quien creó también los siglos”<sup>10</sup>. Tales son las palabras con que San Pablo explica la misión que Dios confió a su Hijo Santísimo Jesucristo. Porque Cristo vino a ser el mediador entre Dios y los hombres en toda su plenitud y el Profeta por excelencia<sup>11</sup>, en virtud de una misión recibida de El, no fue exento ni el propio Hijo de Dios, “el esplendor de su gloria”<sup>12</sup>. Aquel por quien “fueron hechas todas las cosas y sin el cual no se hizo cosa alguna de cuantas han sido hechas”<sup>13</sup>, el que oyó de su Padre: “Tú eres Sacerdote sempiterno según el orden de Melquisedec”<sup>14</sup>, no quiso venir a nosotros revestido de carne mortal para traernos la Buena Nueva, sin acreditarse como Enviado de su Padre, como Legado Divino.

En otra parte dice San Pablo: “Cristo no se arrogó la gloria de hacerse Pontífice, sino que se la dio el que dijo: “Tú eres mi Hijo; Yo te he engendrado hoy”. Al modo que también en otro lugar dice: “Tú eres Sacerdote eternamente según el orden de Melquisedec”<sup>15</sup>. Dios ratificó de una manera especial la misión confiada por El al Verbo Encarnado en dos ocasiones solemnes: cuando Cristo fue bautizado por San Juan Bautista, y cuando se transfiguró delante de San Pedro, de San Juan y de Santiago se oyó una voz del cielo que dijo: “Este es el Hijo mío amado, en el que me he complacido”; y en la segunda de estas ocasiones la voz agregó: “A El oíd”<sup>16</sup>. Aun tratándose del Verbo Encarnado, Dios quiso rodear su obra de toda clase de testimonios y manifestaciones que la mostraran como una misión divina y nos hiciera poner “los ojos en Jesucristo, Apóstol y Pontífice de nuestra confesión”<sup>17</sup>.

Nuestro Señor Jesucristo mismo repetidamente afirmó que había sido enviado por su Padre; que estaba cumpliendo una misión. Cuando iba a resucitar a Lázaro, “levantando los ojos al cielo dijo: ‘¡Oh Padre, gracias te doy porque me has oído! ... Bien es verdad que Yo sabía que siempre me oyes; mas lo he dicho por razón de este pueblo que está alrededor de Mí, con el fin de que crean **que Tú me has enviado**’”<sup>18</sup>. Ya próxima su pasión, decía Jesucristo: “Quien me menosprecia y no recibe mis palabras ya tiene juez que le juzgue: la palabra que Yo he predicado, esa será la que le juzgue en el último día; puesto que Yo no he hablado por mi propia autoridad, sino que el Padre me envió. El mismo me ordenó lo que debo decir, y cómo he de hablar... Las cosas, pues, que Yo hablo las digo como el Padre me las ha dicho”<sup>19</sup>. Y en los instantes que precedieron a su prisión en el huerto, decía Nuestro Señor: “La vida eterna consiste en conocerme a Ti, sólo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Tú enviaste. Yo te he glorificado en la tierra; tengo acabada la obra cuya ejecución me encomendaste”<sup>20</sup>.

Los milagros hechos por Nuestro Señor Jesucristo tenían el objeto de comprobar su misión, de demostrar que El era enviado de Dios. ¡Y cuántos hechos prodigiosos nos relatan las páginas de los evangelios, y qué estrecha relación tienen ellos con la prueba de la misión divina de Cristo! El decía: “Las mismas obras que Yo hago atestiguan de Mí, que el Padre me ha enviado”<sup>21</sup>. Cuando los discípulos de San Juan Bautista se acercan a Cristo para preguntarle en nombre de su maestro: “¿Eres Tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?”, Jesús les respondió: “Id y contad a Juan lo que habéis oído y visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia el Evangelio a los pobres”<sup>22</sup>; es decir, se cumple lo anunciado por el profeta Isaías, que había indicado todos estos prodigios como señales de la llegada del Mesías. Quienquiera que recorra las páginas de los evangelios y siga el relato ingenuo y pintoresco de la vida y de las obras de Cristo, no puede dejar de ver a cada paso pruebas irrecusables de que El era verdaderamente el Enviado de Dios. Sí, sin duda de ninguna especie, quien haya leído la vida de Nuestro Señor tal cual nos la presentan los evangelistas, con todos los milagros que la acompañaron, no puede menos de exclamar, como quienes presenciaron la multiplicación de los panes: “¡Este es, sin duda, el Profeta que ha de venir al mundo!”<sup>23</sup>.

## 2. Los Apóstoles fueron enviados por Cristo para continuar su obra en el mundo.

<sup>8</sup> Ex. caps. 3 y 4.

<sup>9</sup> Jer. 23, 16-21.

<sup>10</sup> Hebr. 1, 1-2.

<sup>11</sup> Io. 6, 14.

<sup>12</sup> Hebr. 1, 1-2.

<sup>13</sup> Io. 1, 3.

<sup>14</sup> Ps. 109.

<sup>15</sup> Hebr. 5, 5-6.

<sup>16</sup> Matth. 3, 17; 17, 5.

<sup>17</sup> Hebr. 3, 1.

<sup>18</sup> Io. 11, 41-42.

<sup>19</sup> Io. 12, 48-50.

<sup>20</sup> Io. 17, 3-5.

<sup>21</sup> Io. 5, 36.

<sup>22</sup> Matth. 11, 3-5.

<sup>23</sup> Io. 6, 14.

Hemos visto que San Pablo llama a Jesucristo Apóstol. Apóstol quiere decir enviado; y porque Jesucristo fue enviado por su Padre, se llama Apóstol, el Enviado por excelencia, en el cual está la única razón de nuestra esperanza, en cuya doctrina está nuestra salvación.

“La vida eterna consiste en conocer a Ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Tú enviaste”<sup>24</sup>, dijo el mismo Salvador.

El nombre de Apóstol, que de una manera supereminente conviene a Jesucristo, fue dado por El al grupo selecto que El en persona eligió entre los discípulos que habían escuchado constantemente su palabra: “Escogió doce entre ellos, dice el evangelista San Lucas, a quienes dio el nombre de Apóstoles”<sup>25</sup>. Los escogió para que fueran los continuadores de su obra; y para prepararlos a ella el Señor vivió con ellos en la más estrecha intimidad durante varios años, descubriéndoles las grandes verdades del reino de los cielos en toda su plenitud, eliminando todos sus defectos y purificando sus entendimientos y sus corazones.

A los Apóstoles encarga Jesucristo la misión de continuar la obra que El había venido a realizar en el mundo. Pero entiéndase bien: no es que los Apóstoles, movidos por su amor al Maestro, impulsados por un celo extraordinario de conquistar el mundo a las doctrinas maravillosas que habían escuchado de labios del Verbo Encarnado, emprendan la evangelización del mundo por propia iniciativa; no, es que reciben de Jesucristo una misión para ello.

El mismo día de su resurrección se aparece Jesucristo a los Apóstoles y les dice: “¡La paz sea con vosotros! Como mi Padre me envió, así también os envío a vosotros”<sup>26</sup>. Más tarde, en Galilea, cuando los once Apóstoles estaban en el monte que el Señor les había señalado, “Jesús les habló diciendo: “Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra: id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto os he mandado. y he aquí que Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo”<sup>27</sup>. Imposible encontrar palabras que expresaran más claramente que Cristo encomendaba a sus Apóstoles una misión, y una misión igual a la que El había recibido de su Padre: “Como mi Padre me envió, así también os he enviado a vosotros”; imposible decir de una manera más categórica que esa misión encomendada por Cristo a los Apóstoles había de durar lo que durara el mundo: “Id y enseñad a todas las gentes... y he aquí que Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo”.

Hemos citado ya las palabras de Nuestro Señor: “La vida eterna consiste en conocer a Ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Tú enviaste”. No es posible obtener la salvación si no se reconoce a Jesucristo como enviado de Dios, si no se escuchan dócilmente sus enseñanzas y si no se las pone en práctica. La misión confiada a los Apóstoles los reviste de la autoridad de Cristo, e impone a los que los oyen la obligación que tenían los que oían las enseñanzas de Cristo. Cuando el Señor dio a los Apóstoles su primera misión les dijo: “Y quienquiera que no os recibiere ni oyere vuestras palabras, al salir de aquella casa o ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies. En verdad os digo: más llevadero le será a la tierra de Sodoma y Gomorra en el día del juicio que a aquella casa o ciudad”<sup>28</sup>. Y también dijo Nuestro Señor a sus discípulos enviados por El “de dos en dos por todas las ciudades y lugares adonde había de venir El mismo: ‘El que os escucha a vosotros, me escucha a Mí; y el que os desprecia a vosotros, a Mí me desprecia. y quien a Mí me desprecia, desprecia a Aquel que me ha enviado’<sup>29</sup>. Esta obligación de escuchar las palabras de los Apóstoles la intimó también Nuestro Señor cuando, después de su resurrección, les dio la misión de predicar el Evangelio: “Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda creatura. El que creyere y fuere bautizado se salvará; mas el que no creyere será condenado”<sup>30</sup>; es, pues, una obligación estricta escuchar la voz de los que han sido enviados por Cristo; el no cumplirla aparece las más graves penas y los mayores castigos: “El que no creyere se condenará”.

Pero no olvidemos que esta obligación de escuchar la predicación del Evangelio se refiere a aquellos que recibieron de Cristo un mandato, un encargo, una auténtica misión; no a todos los que quieran arrogarse por propia voluntad y determinación el carácter de anunciadores de la palabra divina.

### **3. La misión confiada por Cristo a los Apóstoles debía perpetuarse por medio de la Iglesia, bajo la autoridad suprema de Pedro.**

Hemos observado anteriormente que Nuestro Señor Jesucristo al encomendar a sus Apóstoles el encargo de continuar predicando el Evangelio dio a entender que este encargo había de durar mientras durara el mundo: “Y he aquí que Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo”<sup>31</sup>. Si Cristo promete que ha de estar con los Apóstoles hasta el fin del mundo, esto quiere decir, como es obvio, que ellos han de vivir en cierto modo hasta entonces. ¿Pero cómo podrían vivir los Apóstoles hasta el fin del mundo? Puesto que es un hecho cierto y notorio que todos ellos murieron y consta por lo tanto que no fue la mente de Cristo asegurarles la inmortalidad, tenemos que convenir en que el Salvador al pronunciar las palabras que hemos repetido quiso significar que los Apóstoles tendrían legítimos sucesores y que la serie de estos sucesores se prolongaría hasta el fin del mundo.

Y esto fue lo que en realidad se propuso Jesucristo por medio de la institución de una sociedad, en la cual viviera y se perpetuara la obra de los Apóstoles. Esta sociedad la anunció Cristo en las cercanías de Cesarea de Filipo, cuando después de haber oído de boca de San Pedro la confesión de que El era “el Cristo, el Hijo de Dios vivo”, le dijo: “Y Yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella”<sup>32</sup>.

Al expresarse en estos términos, Jesucristo manifestó su propósito de establecer una Iglesia, es decir, una sociedad

<sup>24</sup> Io. 17,3.

<sup>25</sup> Luc. 6, 13.

<sup>26</sup> Io. 20, 21.

<sup>27</sup> Matth. 28, 18-20.

<sup>28</sup> Matth. 10

<sup>29</sup> Luc. 10,16

<sup>30</sup> Marc. 16, 16.

<sup>31</sup> Matth. 28, 16-20.

<sup>32</sup> Matth. 16, 18.

visible, pues ese es el significado que etimológicamente corresponde a la palabra iglesia, que literalmente quiere decir convocación o congregación. Y no sólo anunció su propósito de establecer esa sociedad, sino que señaló la autoridad que la debía presidir, que había de constituir su fundamento: “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia... A ti daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que atares en la tierra, atado será en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra, desatado será en los cielos”. Además, esa sociedad ha de durar para siempre; así lo dan a entender las palabras “Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella”.

Los Apóstoles debían desempeñar su misión formando parte de una sociedad establecida por Cristo, de una sociedad regida por una autoridad establecida por Cristo. No es difícil encontrar en las páginas de los evangelios muestras de este carácter que por voluntad del Señor había de tener la obra de los Apóstoles. Los Apóstoles todos juntos recibieron la misión de anunciar al mundo la Buena Nueva, cuando se hallaban todos reunidos, y El los miraba como un solo cuerpo, como el núcleo de una sociedad, de la sociedad que había prometido fundar cerca de Cesarea de Filipo y a la cual había anunciado que daría como cimiento la autoridad de Pedro. Los evangelios y el mismo San Pablo hablan por esta razón constantemente de los Doce o de los Once (después de la defección de Judas), como para denotar que los Apóstoles formaban un cuerpo o, como suele decirse, un colegio, el Colegio Apostólico. Y porque el Colegio Apostólico era en la mente de Cristo el principio de la Jerarquía, es decir, de la autoridad que a través de los siglos había de gobernar a la Iglesia, y porque esa Jerarquía y la Iglesia toda no podían concebirse sino asentadas sobre la suprema autoridad de Pedro, Cristo le dijo a éste después de resucitado: “Apacienta mis corderos... Apacienta mis ovejas”<sup>33</sup>, dando a entender que a San Pedro correspondía gobernar a toda la Iglesia, no sólo a los fieles, sino también a los Pastores. La Iglesia, pues, en la cual había de prolongarse la misión que Cristo había recibido de su Padre y que El, a su turno, encomendó a los Apóstoles, es, conforme a los designios de la sabiduría divina, el instrumento mediante el cual han de llegar los hombres al conocimiento de la verdad y a la posesión de los medios de santificación.

#### **4. Después de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo a los cielos la Iglesia aparece ya constituida bajo la autoridad de Pedro y de los Apóstoles.**

Después de que el Señor encomendó a los Apóstoles la misión de predicar el Evangelio a toda creatura “fue recibido en el cielo, y está sentado a la diestra de Dios. Entonces ellos partieron y predicaron en todas partes. Y el Señor cooperaba con ellos, confirmando la palabra con los milagros que la acompañaban”<sup>34</sup>.

El libro de los Hechos de los Apóstoles nos muestra la manera como fue puesta en ejecución la orden del Señor por los Apóstoles, y nos hace ver realizada en toda su plenitud la Iglesia que acabamos de ver esbozada en las líneas anteriores. Y lo que el libro de los Hechos de los Apóstoles nos dice a este respecto lo corroboran y lo complementan las Epístolas de San Pablo.

Después de la Ascensión de Cristo a los cielos, los Apóstoles presididos por Pedro y “animados de un mismo espíritu perseveraban juntos en oración con las mujeres y con María la Madre de Jesús, y con los hermanos de éste”<sup>35</sup>. Era la imagen en pequeño de la Iglesia de todos los siglos: primero Pedro, la Piedra, el Jefe de la Iglesia; después los Apóstoles; en último lugar los fieles; y siempre María Santísima, la Medianera, que después de Jesucristo da validez a las súplicas de los cristianos, y cuya intercesión se busca con tanto mayor empeño cuanto más grande y de mayor trascendencia es la gracia que se quiere obtener de Nuestro Señor. Es ya la Iglesia un solo cuerpo animado por un espíritu; la Iglesia regida por las autoridades que le fueron dadas por su Divino Fundador.

En esa Iglesia naciente el demonio ha abierto una brecha con la triste caída de Judas, uno de los Apóstoles. Es preciso llenar esa brecha y completar el número de los que Cristo quiso que fueran sus mensajeros ante el mundo. Es la Iglesia toda, presidida por Pedro, la que va a elegir al sustituto de Judas; porque es necesario que el que va a ser órgano de la verdad, embajador de Cristo, tenga el respaldo de una misión divina; y ese respaldo no se lo puede dar sino Dios por medio de la Iglesia, que es la continuadora de la obra de Cristo. “Y haciendo oración dijeron: ¡Oh Señor! Tú que ves los corazones de todos muéstranos cuál de estos dos has destinado a ocupar el puesto de este ministerio y apostolado, del cual cayó Judas por su prevaricación para irse a su lugar. Y echando suertes, cayó la suerte a Matías, con lo que fue agregado a los once Apóstoles”<sup>36</sup>.

“Toda la multitud de los fieles tenía un mismo corazón y una misma alma”, dice el libro de los Hechos. “Los Apóstoles con gran valor daban testimonio de la resurrección de Jesucristo Señor Nuestro, y en todos los fieles resplandecía la gracia con abundancia. Así es que no había entre ellos personas necesitadas; pues todos los que tenían posesiones o casas, vendiéndolas, traían el precio de ellas y lo ponían a los pies de los Apóstoles; el cual después se distribuía según la necesidad de cada uno... Un hombre llamado Ananías, con su mujer Safira, vendió un campo y, de acuerdo con ella, retuvo parte del precio; y trayendo el resto, púsolo a los pies de los Apóstoles. Mas Pedro le dijo: ¿Cómo ha tentado Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo reteniendo parte del precio de ese campo? ¿Quién te quitaba el conservarlo? ¿Y vendido no estaba a tu disposición? Pues ¿a qué fin has urdido en tu corazón esta trampa? No mentiste a hombres sino a Dios. Al oír estas palabras cayó y expiró... Y vinieron unos mozos y le llevaron a enterrar. No bien pasaron tres horas, cuando su mujer entró ignorante de lo sucedido. Díjole Pedro: Dí, mujer, ¿es así que vendisteis el campo por tanto? Sí, respondió ella, por ese precio” Entonces Pedro le dijo: ¿Por qué os habéis concertado para tentar al Espíritu del Señor? He aquí a la puerta a los que enterraron a tu marido; y ellos te llevarán. Al momento cayó a sus pies y expiró. Entrando luego los mozos, encontraronla muerta, y sacándola la enterraron al lado de su marido. Lo que causó grande temor en toda la Iglesia y en todos los que tal suceso oyeron”<sup>37</sup>

<sup>33</sup> Io. 21, 15-17.

<sup>34</sup> Marc. 16, 19-20.

<sup>35</sup> Act. 1, 14.

<sup>36</sup> Act. 1, 24-26.

<sup>37</sup> Act. 4, 32-37; 5, 1-11

Hemos transcrito estos pasajes del libro de los Hechos de los Apóstoles porque de ellos se desprende claramente que la Iglesia (se da ya expresamente este nombre en el texto sagrado a los fieles seguidores de Cristo) es un cuerpo organizado que constituye “un mismo corazón y una misma alma”, que reconoce la autoridad de los Apóstoles como venida de Dios, hasta el punto de que mentirles a ellos no es mentir “a hombres”, sino “a Dios y al Espíritu Santo”; y hemos transcrito también estos pasajes porque allí aparece a la cabeza de los Apóstoles San Pedro, que rige y gobierna la nascente sociedad; y los hemos transcrito, finalmente, porque en ellos se ve claramente que la voluntad de Nuestro Señor fue que su obra fuera continuada por los Apóstoles no individualmente, no por separado, sino constituyendo una sociedad dotada de una suprema autoridad.

## 5. La historia de San Pablo, sus escritos y sus hechos muestran los caracteres de la Iglesia.

La historia de San Pablo y la forma en que él se expresa no solamente confirman cuanto os hemos dicho acerca de la necesidad de una misión divina en aquél que se dispone a hablar en nombre de Dios, sino también nos hace ver que el mismo grande Apóstol, que había sido agregado a los otros doce de una manera extraordinaria, por medio de un llamamiento milagroso, de acuerdo con la voluntad del mismo que lo había llamado, no podía llevar a cabo sus labores apostólicas con prescindencia de la Iglesia, instituida por Cristo para ser continuadora de su obra e investida por El de la plenitud de los poderes necesarios para el logro de ese fin.

Jesús que lo ha derribado en el camino de Damasco le dice a Saulo: “Levántate y entra en la ciudad, donde se te dirá lo que debes hacer”<sup>38</sup>. Y luego el Señor ordena a Ananías, un discípulo que se hallaba a la sazón en Damasco: “Busca en casa de Judas a un hombre de Tarso llamado Saulo... Es un instrumento elegido por Mí para llevar mi nombre delante de las naciones, y de los reyes, y de los hijos de Israel”<sup>39</sup>. ¿Qué significa esto si no que aun el Apóstol que el Salvador ha llamado a su seguimiento en una forma tan excepcional sólo podrá entrar de lleno en el desempeño de su misión después de haber recibido de labios del discípulo que representaba a la Jerarquía de la Iglesia la indicación de lo que debía hacer?

Más tarde, en Antioquía, cuando profetas y doctores, es decir, quienes formaban parte de la Jerarquía de la Iglesia en aquella ciudad, estaban ejerciendo las funciones de su ministerio les dijo “el Espíritu Santo: Separad me a Saulo y a Bernabé para la obra a que los tengo destinados. Y después de ayunos y oraciones les impusieron las manos y los despidieron. Ellos (Pablo y Bernabé) enviados así por el Espíritu Santo fueron a Seleucia, desde donde navegaron a Chipre. Y llegados a Salamina predicaban la palabra de Dios”<sup>40</sup>. San Pablo y San Bernabé parten a tierras lejanas a anunciar el Evangelio, pero no lo hacen sin acuerdo previo y perfecto con quienes regían y gobernaban la Iglesia de Dios. San Pablo recuerda constantemente que no ha sido “enviado por hombres ni por hombre, sino por Jesucristo”<sup>41</sup>. Pero a pesar de haber sido llamado inmediatamente por Cristo y a pesar de sentirse fuerte con la autoridad que le ha sido comunicada por Dios, no cree que pueda obrar aisladamente, sin mirar ni atender a la Iglesia instituida por el Hijo de Dios. En innumerables pasajes de sus Epístolas habla explícitamente de la Iglesia y señala sus extraordinarias prerrogativas. Baste citar por el momento aquel texto clásico de la primera Epístola a Timoteo: “Te escribo esto con la esperanza de que pronto iré a verte; y si tardare, que sepas cómo portarte en la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo, columna y apoyo de la verdad”<sup>42</sup>. San Pablo, a pesar de su llamamiento extraordinario, no entiende que pueda considerarse ni por un solo momento desligado de sus hermanos en el apostolado; por el contrario, una y otra vez insiste en su unión con ellos y en su acuerdo con ellos en su modo de obrar.

Pero como hemos visto que Jesucristo estableció su Iglesia no como quiera, sino dándole como fundamento la autoridad de Pedro, es preciso que hagamos aquí memoria de un texto de San Pablo que tiene singular importancia desde este punto de vista. “De allí a tres años, escribe el Apóstol, fui a Jerusalén para visitar a Pedro (en el texto griego original dice Kephán, Cefas) y estuve con él quince días”<sup>43</sup>. San Juan Crisóstomo hace sobre este texto observaciones del mayor interés. “No dijo (San Pablo), afirma el Santo Doctor, a ver (en griego *idéin*), sino a visitar (en griego *historéin*), como dicen los que observan estudiosamente las grandes e ilustres ciudades”<sup>44</sup>. Y un exégeta católico escribe de las palabras de San Pablo que hemos citado y del comentario sobre ellas de San Juan Crisóstomo: “Estas palabras (de San Pablo) implican una confirmación extraordinaria del primado conferido a Cefas (Pedro); pues al verbo *historéin*, que en toda la Sagrada Escritura no se encuentra sino en este lugar, sólo le conviene el significado que indica San Juan Crisóstomo, y así lo confiesan aun los no católicos”<sup>45</sup>. Santo Tomás de Aquino, por su parte, observa respecto de este texto de la Epístola a los Gálatas: “Si en Pedro fue puesto el fundamento de la Iglesia, Pablo, a quien habían sido reveladas todas las cosas, supo que debía ver a Pedro como a aquel a quien había sido dada por Cristo una gran autoridad”<sup>46</sup>.

Es además sumamente significativo que San Pablo al hablar de San Pedro generalmente prefiere la palabra arameica Cefas (o Cephas), que significa piedra, y que fue la que empleó Nuestro Señor Jesucristo, primero cuando San Andrés le presentó a su hermano Simón: “Tú eres Simón, hijo de Joná. Tú serás llamado Cefas, que quiere decir Pedro” (literalmente piedra)<sup>47</sup>; y luego cuando después de haber oído la confesión del Apóstol acerca de Cesarea de Filipo le dijo: “Tú eres Pedro; y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”<sup>48</sup>. San Pablo usa repetidamente de la palabra Cefas, como usa de la palabra Abba (Padre)<sup>49</sup>, también arameica, porque fue la palabra que salió de los labios del Hijo de Dios; y esta predilección del Apóstol por la palabra misma pronunciada por Cristo nos da motivo para pensar que al

<sup>38</sup> Act. 9,7.

<sup>39</sup> Act. 9, 11-15.

<sup>40</sup> Act. 13, 1-5.

<sup>41</sup> Gal. 1, 1.

<sup>42</sup> I Tim. 3, 14 – 15.

<sup>43</sup> Gal. 1, 18.

<sup>44</sup> S. Iohannes Chrysostomus, Homilia in Epist. ad Galatas.

<sup>45</sup> Cornely, Comment. in Epist. ad Gal. p. 410

<sup>46</sup> Citado por Cornely.

<sup>47</sup> Jo. 1,42.

<sup>48</sup> Matth. 16,18.

<sup>49</sup> Rom. 8, 15.

usarla quería darnos a entender que en quien era Simón cuando fue llamado en seguimiento del Salvador reconocía en todo momento al que había sido constituido por el Señor fundamento de la Iglesia.

#### **6. A través de los siglos vemos perpetuada la Iglesia y continuada sin interrupción. Pasando por los Apóstoles se remonta hasta Cristo, siempre bajo el primado de los sucesores de Pedro.**

Nuestro Señor Jesucristo prometió a la Iglesia que se perpetuaría a través de los tiempos. Esa promesa la vemos maravillosamente cumplida durante el curso de los siglos que nos separan del establecimiento de la Iglesia por el Salvador.

Abundan los testimonios escritos más serios y más auténticos que nos muestran de manera no interrumpida la identidad de la Iglesia Católica Mártir, que datan de los comienzos del siglo II de la era cristiana actual y de la que hemos contemplado ya viva en las páginas del libro de los Hechos de los Apóstoles. Las cartas de San Ignacio nos hacen ver la Iglesia sólidamente establecida en una forma que coincide plenamente, por una parte con lo que fue cuando comenzó a extenderse por el mundo en cumplimiento del mandato de Cristo mediante la acción de los Apóstoles, y por otra parte con lo que es hoy la Iglesia Católica.

Posteriormente, siglo tras siglo, los maestros en la fe, los apologistas, los historiadores hacen eco a los que escribieron antes de ellos, y de manera constante describen una Iglesia que en nada se diferencia de la que la precedió, y que en nada se distingue de la que nos es dado contemplar en nuestros días. No sería posible que dentro de los límites de una carta pastoral diéramos cabida a la enumeración detallada de todos los testimonios de primer orden y de índole estrictamente histórica que prueban sin lugar a duda que no hay solución de continuidad entre la Iglesia Católica Romana de hoy y la Iglesia que salió perfecta y llena de divino vigor del Cenáculo, en donde los Apóstoles habían recibido el Espíritu Santo.

Queremos sin embargo destacar la manera como se expresaba en el siglo II de la era cristiana San Ireneo, quien por medio de San Policarpo, del cual había sido discípulo, se une al Apóstol San Juan. Hace notar San Ireneo que no sería posible enumerar la serie de los pastores que han regido todas las Iglesias; pero advierte que le basta para confundir a todos aquellos que yerran desviándose del recto camino enumerar la serie de quienes sucesivamente han gobernado la Iglesia de Roma, que “es la mayor, la más antigua, la que es conocida de todos y la que fue fundada por los gloriosísimos Apóstoles Pedro y Pablo”; y termina afirmando que a esa Iglesia, por su mayor dignidad, deben unirse todas las demás Iglesias<sup>50</sup>. Es el testimonio de que la Iglesia tiene su justificación, su defensa y su centro de unidad en San Pedro que vive siempre en sus sucesores, los Obispos de Roma.

También queremos hacer notar que San Cipriano, en el siglo III de la era cristiana, insiste en sus escritos en la unidad de la Iglesia, y hace ver cómo esta unidad descansa principalmente en el primado conferido por Cristo a San Pedro, y llama a la Cátedra de Pedro “la Iglesia principal, de donde procede la unidad del sacerdocio”<sup>51</sup>.

La Iglesia de que habló San Cipriano era la misma Iglesia Católica Romana del siglo XVI, cuando se inició la reforma protestante, y es la misma Iglesia Católica de nuestros días. Esta continuidad no interrumpida es tan clara que sería superfluo insistir en demostrarla. Quienquiera que de una manera concienzuda estudie la historia se ve obligado a confesar que la Iglesia Católica Romana es la misma Iglesia de los Apóstoles y de los primeros siglos de la era cristiana. Es esto tan cierto que un protestante de portentosa erudición, Adolfo Harnack, que trabajó largo tiempo por buscar argumentos históricos que pudieran destruir los títulos reclamados por la Iglesia Católica a ser reconocida como la misma Iglesia primitiva, se vió, sin embargo, obligado a confesar que entre todas las sociedades religiosas sólo la Iglesia Católica ha podido adaptarse al curso histórico de los acontecimientos sin dejar de ser la misma Iglesia de los primeros siglos<sup>52</sup>.

#### **7. Los protestantes no tienen misión divina para enseñar la verdad.**

La Iglesia Católica exhibe credenciales claras y absolutamente indiscutibles, como lo habéis visto, amadísimos hijos, de que es el órgano de que Nuestro Señor Jesucristo quiere valerse para que llegue a todos los hombres el anuncio de la buena nueva que El vino a traer al mundo en nombre de su Padre. No pueden, en cambio, decir lo mismo los protestantes que están empeñados en desviaros del camino que han seguido vuestros padres durante siglos enteros, de la doctrina que recibisteis al abrir los ojos de la razón y que os ha proporcionado consuelo y seguridad en todo el curso de vuestra vida.

En efecto, si examinamos los hechos de una manera concienzuda y desapasionada, encontramos que el protestantismo no puede demostrar su existencia sino desde el año 1517, a lo sumo, cuando ya la Iglesia Católica había extendido por todo el universo la verdad manifestada a la humanidad por Dios hecho hombre. Esta sola razón es de un peso incontrastable en virtud del famoso principio de prescripción que ya Tertuliano enunciaba elocuentemente contra los herejes de su tiempo entre los siglos II y III de la era cristiana. La Iglesia Católica estaba en posesión indiscutida de sus títulos de vocero de Dios, de órgano auténtico por medio del cual llegaba a los hombres la revelación hecha por Dios en la persona del Verbo Encarnado cuando hizo su aparición el protestantismo. El mismo padre e iniciador de la reforma protestante nació en el seno de la Iglesia Católica y pasó en ella buena parte de su vida; le había profesado sumisión filial; en su deseo de acomodarse más exactamente a los ideales católicos había abrazado el estado religioso, y aun había dado muestras indudables: y en extremo significativas de su adhesión y obediente reverencia a la Cátedra de Pedro, como lo muestran claramente sus escritos y aun su mismo viaje a la Ciudad Eterna. Sólo cuando tenía 34 años decidió apartarse de las enseñanzas de la Iglesia que hasta entonces había considerado como una madre, y resolvió hacerlo por motivos enteramente personales, como lo demuestra un estudio sereno de su historia y de sus obras. Y es un hecho histórico plenamente comprobado que al principio, después de haber predicado sus primeros errores, declaró con humildad que estaba sujeto al Papa y resuelto a obedecerle.

Todos los protestantes que entre nosotros hacen propaganda, quieranlo o no, tienen su origen en Lutero. Las mismas hojas y revistas que los fautores del protestantismo hacen circular entre los fieles incautos, principalmente

<sup>50</sup> Adversus Haereses.

<sup>51</sup> Epístola 59.

<sup>52</sup> Harnack, “La esencia del cristianismo”.

entre las gentes ignorantes y sencillas, confiesan sin reticencias que Lutero es el autor del protestantismo, y lo consideran como el iniciador y el modelo supremo del movimiento religioso contrario a la Iglesia Romana, es decir, a la Iglesia Católica. Por ejemplo, la revista "Aurora", publicada en Cali, que dice: "Órgano de la Iglesia Presbiteriana, Cumberland en Colombia".

En el museo de Zurich en el vano de una ventana se ve una efigie, al óleo, de San Pablo; y encima de ella un retrato, también al óleo, de Martín Lutero. Esa es la imagen fiel del protestantismo: antes que los Apóstoles, Lutero; antes que cualquier otra autoridad, la de Lutero; antes que la autoridad de origen legítimamente comprobado, Lutero; se admiten las Sagradas Escrituras en cuanto son admitidas por Lutero y como Lutero juzga que deben ser interpretadas.

Pero se podrá argüir por parte de algunos protestantes que su origen no está en Lutero. Puede ser Calvino, o Zuinglio, o Wesley, o Knox; el resultado es el mismo: se trata siempre de un hombre que ha sustituido su autoridad personal a la de la Iglesia divinamente instituida. Para mostrar, sin sombra de duda, que esto es así basta citar, y lo merece, un trozo de la revista protestante "Aurora", de Cali. Dice el comienzo de un artículo allí publicado que tiene por título: "Historia de la Misión Latino-Americana":

La Misión Latino-Americana, una obra independiente e interdenominacional que comenzó sus trabajos en San José de Costa Rica en el año de 1922, se fundó por el doctor Strachan y señora S. B. de Strachan, con el propósito de hacer lo que se pudiera en pro de la evangelización de los millones de no evangelizados en la América Latina, mediante un esfuerzo misionero agresivo en cooperación con todas las denominaciones evangélicas... Hace unos siete años más o menos la Misión dio comienzo a sus trabajos en Colombia. Los señores Strachan, directores generales de la organización...<sup>53</sup>. Cuando se trataba de evangelizar a Alemania, que estaba sumida en las tinieblas del paganismo, el Papa enviaba a San Bonifacio, que coronaba su vida y confirmaba su predicación con el martirio; cuando se había de anunciar a Cristo a Inglaterra, todavía sentada en las sombras de la muerte, el Sucesor de Pedro encomendaba ese encargo a San Agustín, el olor de cuyas virtudes aún perdura vivo; cuando se debía pregonar la Buena Nueva a Irlanda para hacer de ella la Isla de los Santos, recibía la misión para ello del Vicario de Cristo San Patricio, cuya figura venerable no se borra a través de los siglos. Pero cuando se trata de evangelizar un país católico como Colombia, que conoce a Cristo antes que el país donde tienen su origen los que se apiadan de nosotros, cuando tienen en torno suyo, en su propia patria, millones y millones de verdaderos paganos, entonces son el señor y la señora Strachan los que envían misioneros a convertirnos.

En la primera parte de esta carta pastoral os hicimos ver cómo es un principio cierto que todo hombre que habla en nombre de Dios debe ser enviado por El y dar pruebas convincentes de que ha sido enviado por El. Ahora bien: ¿con qué fundamento se puede afirmar que Lutero, o uno de los infinitos fundadores de sectas protestantes, es enviado por Dios? Lo que sentimos es el impulso, más que justificado, de atribuirles la advertencia, que ya hemos citado, del profeta Jeremías: "No queráis escuchar las palabras de los que profetizan y os embaucan; ellos os cuentan las visiones de su corazón, no lo que ha dicho el Señor... Yo no enviaba esos profetas (dice el Señor), y ellos corrían; no hablaba con ellos, y profetizaban"<sup>54</sup>.

Cristo, enviado por su Padre para enseñar a los hombres la verdad, envió a sus Apóstoles a continuar su obra, y estableció su Iglesia para que la labor de los Apóstoles pudiera perpetuarse hasta el fin de los tiempos. Nadie puede, supuestos estos hechos, predicar en nombre de Dios si no tiene el respaldo de la autoridad de la Iglesia y si no está en unión con el Romano Pontífice que es la piedra angular de la Iglesia. Así lo reconoció la cristiandad de todos los tiempos, que nunca admitió una doctrina ni una forma religiosa que no fuera autorizada y reconocida por la Iglesia, y que en todo momento, especialmente cuando se debatían los casos más difíciles o se atravesaban las circunstancias más críticas, volvía los ojos al Sumo Pontífice, convencida de la verdad proclamada por San Ambrosio: "En donde está Pedro allí está la Iglesia; en donde está la Iglesia no está la muerte, sino la vida eterna"<sup>55</sup>.

La cristiandad de todos los tiempos rechazó constantemente a quienes se presentaban con la pretensión de enseñarla o conducirla en el campo religioso sin estar provistos de un mandato de la Iglesia y sin estar unidos con el Romano Pontífice, porque tenía la íntima persuasión de lo dicho por San Cipriano: "Dios es uno, y Cristo es uno, y la Iglesia es una, y una es la Cátedra fundada en Pedro por la voz del Señor. No se puede establecer otro altar y constituir un nuevo sacerdocio distinto del único altar y del único sacerdocio. Todo el que recoja en otra parte, desparrama"<sup>56</sup>.

Tened, amadísimos hijos en el Señor, delante de los ojos estas palabras de San Cipriano, de ese Padre de la Iglesia cuyas enseñanzas están rubricadas con la sangre del martirio. Pero tened sobre todo delante de los ojos las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: "Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, mas por dentro son lobos rapaces"<sup>57</sup>. Y no olvidéis que son profetas falsos todos quienes se presentan a hablaros de cosas concernientes a la fe ya la religión sin ser enviados y autorizados por la Iglesia Católica, Apostólica y Romana que vuestras madres os enseñaron a venerar desde que pudisteis balbucir las primeras palabras.

## **8. La Sagrada Escritura no es la única fuente de la Revelación; a la Sagrada Escritura es preciso unir la Tradición.**

Debemos ahora deciros algunas palabras sobre un punto que constituye uno de los principales capítulos de doctrina de los protestantes, y acerca del cual es de mucha importancia que conozcáis la enseñanza de la Iglesia. Los protestantes afirman que la Revelación que Dios hizo a la humanidad por medio del Verbo Encarnado llega hasta nosotros por el solo conducto de la Sagrada Escritura, en la cual se halla todo lo que debemos creer y practicar, con exclusión de cualquiera otra fuente de doctrina; y afirman además que cada cual tiene aseguradas luces suficientes para entender, por sí solo y sin ayuda de ninguna autoridad, la Sagrada Escritura en su totalidad.

<sup>53</sup> "Aurora" vol. 3, núm. 29, pág. 3.

<sup>54</sup> Jer. 23, 16-21.

<sup>55</sup> Enarratio in Psalimum 40.

<sup>56</sup> S. Cyprianns. Plebi universe

<sup>57</sup> Matth. 7, 15.

Sin embargo, esta manera de pensar carece de fundamento.

Es preciso, sin duda, venerar la Sagrada Escritura que, por ser inspirada por el Espíritu Santo, tiene a Dios por autor. Pero en los designios divinos los libros sagrados debían ser presentados a la humanidad y explicados por el magisterio de la Iglesia. Queremos corroborar esta afirmación con algunas razones.

Cristo envió a los Apóstoles ya sus sucesores a continuar la obra como Él la había llevado a cabo: “Como mi Padre me envió, así os envío también a vosotros”<sup>58</sup>. Ahora bien: Cristo mismo definió la manera como había de anunciar y en efecto anunció el reino de los cielos: “He aquí que el que siembra salió a sembrar. El que siembra, siembra la palabra. . . Todo el que oye la palabra del reino y no la entiende viene el malo y arrebató lo que había sido sembrado en su corazón”<sup>59</sup>. No sabemos que Jesucristo haya escrito sino una sola vez, cuando ante los que acusaban a la mujer adúltera “habiéndose inclinado hacia el suelo, con el dedo escribía en la tierra”<sup>60</sup>.

Jesucristo llevó a cabo su obra “enseñando en las sinagogas...y predicando el Evangelio del reino”<sup>61</sup>; proclamaba el mensaje que su Padre le había confiado, de viva voz, con su palabra, instruyendo a sus oyentes “como quien tiene autoridad”<sup>62</sup>, con ese tono que hacía decir a los que lo escuchaban: “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!”<sup>63</sup>.

Y la Iglesia debía cumplir su misión de la misma manera: enseñando y predicando. Cuando Cristo confirió a los Apóstoles el mandato que los autorizaba para continuar su obra les dijo: “Id y enseñad a todas las gentes... Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura...” No les dio la comisión de enseñar por escrito. El Apóstol San Pablo enuncia esta verdad con una claridad y un vigor singulares: “Todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo. Mas ¿cómo han de invocar a Aquel en el cual no han creído? O ¿cómo creerán en Él si de Él nada han oído hablar? y ¿cómo oirán hablar si no se les predica? y ¿cómo habrá predicadores si nadie los envía?... La fe proviene del oír, y el oír depende de la palabra de Cristo”<sup>64</sup>. Y la historia nos muestra que fue así como los Apóstoles entendieron el encargo que Cristo les había dado: después de la Ascensión del Señor “ellos partieron y predicaron en todas partes”<sup>65</sup>; Esa fue la labor que vio con la luz profética Isaías cuando escribió aquellas palabras que recuerda San Pablo: “¡Qué hermosos son los pies de los que traen la buena nueva de la paz, de los que anuncian los bienes!”<sup>66</sup>. La Iglesia recibió de su Divino Fundador el encargo de anunciar el Evangelio predicando; El le encomendó un magisterio vivo que fuera hasta en la forma en que se ejecutara una continuación de su propio magisterio.

El Evangelio de San Lucas registra un hecho que constituye una confirmación de esta verdad, salida de la boca de Nuestro Señor. El día de la Resurrección Cristo se juntó a dos discípulos que se encaminaban a Emaús y les mostró que su pasión y su muerte y su sepultura eran el cumplimiento de los decretos divinos: “¿Por ventura no era necesario que Cristo padeciese todas estas cosas y entrase así en su gloria? y empezando por Moisés, y discurriendo por todos los profetas les interpretaba en la Escritura todos los lugares que hablaban de Él”<sup>67</sup>. No bastaba que aquellos discípulos conocieran la Sagrada Escritura: era necesario que Cristo se la explicara para que la entendieran.

El libro de los Hechos de los Apóstoles contiene un episodio que ilustra la verdad de que la Sagrada Escritura requiera de acuerdo con la voluntad de Dios la intervención de una autoridad que interprete su sentido propio y que sea distinta de la misma Sagrada Escritura.

Felipe, uno de los primeros diáconos, recibe de Dios la orden de salir al encuentro de un eunuco de la reina Candace de Etiopía. Cuando Felipe halló al eunuco, éste iba en su carruaje y leía al Profeta Isaías. Como Felipe oyó que iba leyendo al Profeta Isaías, le preguntó: “¿Te parece a ti que entiendes lo que vas leyendo?”

-¿Cómo lo he de entender, respondió él, si nadie me lo explica?

Rogó, pues, a Felipe que subiese y tomase asiento a su lado” El pasaje de la Escritura que iba leyendo era éste: “Como oveja fue conducido al matadero, y como cordero que está en manos del que lo trasquila, así no abrió su boca. Por sus humillaciones la sentencia contra él fue revocada. Su generación ¿quién podrá declararla, puesto que su vida fue corta en la tierra?”. A esto preguntó el eunuco a Felipe: - Dime, te ruego, ¿de quién dice esto el profeta? ¿De sí mismo, o de otro? - Entonces Felipe, tomando la palabra y comenzando por este texto de la Escritura, le evangelizó a Jesús. Siguiendo su camino llegaron a un paraje en que había agua, y dijo el eunuco: -Aquí hay agua: ¿qué impedimento hay para que yo sea bautizado? -Ninguno, respondió Felipe, si crees de todo corazón. - A lo que dijo el eunuco: -Yo creo que Jesucristo es el Hijo de Dios. - y mandando parar el carruaje bajaron ambos, Felipe y el eunuco, al agua, y Felipe lo bautizó”<sup>68</sup>. El eunuco leía un pasaje del profeta Isaías en que se anuncia la pasión y la muerte del Salvador; pero no era capaz de entenderlo por sí solo: necesitaba que alguien se lo explicara.

A las anteriores pruebas tomadas de la Sagrada Escritura se puede agregar que San Pedro, refiriéndose a las Epístolas de San Pablo, escribe unas palabras que parecen dichas de propósito con el fin de refutar la afirmación de los protestantes de que cada cual está capacitado para entender sin ninguna ayuda la Sagrada Escritura; unas palabras que parecen tener el objeto de mostrar las funestas consecuencias de semejante teoría: “Así os escribió también nuestro carísimo hermano Pablo conforme a la sabiduría que se le ha dado, como lo hace en todas sus cartas... En ellas hay algunas cosas difíciles de comprender, cuyo sentido los indoctos e inconstantes pervierten, de la misma manera que las demás Escrituras, para su propia perdición”<sup>69</sup>.

A lo dicho anteriormente se puede agregar que los estudios hechos por los peritos en la materia sobre el texto de los evangelios han llevado a la conclusión de que los tres primeros evangelios no son otra cosa que la versión

<sup>58</sup> Io. 20, 21.

<sup>59</sup> Matth. 13, 3; Marc. 4, 14; Matth. 13, 19.

<sup>60</sup> Io. 8, 6-8.

<sup>61</sup> Matth. 10, 13-17.

<sup>62</sup> Marc. 1, 22.

<sup>63</sup> Io. 7, 46.

<sup>64</sup> Rom. 10, 13-17

<sup>65</sup> Marc. 16, 20.

<sup>66</sup> Rom. 10, 15.

<sup>67</sup> Luc. 24, 26-27.

<sup>68</sup> Act. 9, 26-39.

<sup>69</sup> 2 Petr. 3, 16.



escrita de la catequesis oral de los Apóstoles. Las frases tienen una forma rítmica, perceptible aun en la Vulgata Latina, y están cons-truídas con los artificios usados para lograr que la palabra oída sea retenida en la memoria. Lo que prueba que los evangelios fueron escritos después de que su contenido había sido predicado de viva voz; como por otra parte lo muestra la historia. San Pablo no escribió sus epístolas sino cuando ya la Iglesia estaba establecida, como puede verse aun con la lectura superficial de ellas. Las epístolas paulinas hacen de una manera constante alusión a la predicación oral del Apóstol, y dan a entender que fueron escritas con el propósito de confirmar y explicar esa predicación oral. A Timoteo escribe, por ejemplo, San Pablo: “Las cosas que de mí has oído delante de muchos testigos confíalas a los hombres fieles, que sean idóneos para enseñarlas también a otros”<sup>70</sup>. Podrían multiplicarse las citas de pasajes en que el Apóstol se expresa en el mismo sentido.

Miradas las cosas por otro aspecto, es evidentemente un absurdo el suponer que el medio escogido por Dios para la difusión del Evangelio fuera exclusivamente la Sagrada Escritura por razones que sal. tan a la vista de cualquiera que considere reposadamente el asunto.

En primer lugar, ¿cómo hubiera podido propagarse el cristianismo, en ese supuesto, en los primeros siglos de la era cristiana, cuando no existía la imprenta, y un libro era por consiguiente un lujo que muy pocos podían procurarse? ¿Cómo habría podido extenderse la religión de Cristo si las Sagradas Escrituras hubieran sido el único medio para ello si se tiene en cuenta la gran multitud de gentes pobres, ignorantes y con toda probabilidad en infinidad de casos absolutamente incapaces de leer, que sin embargo se convirtieron desde el primer momento al cristianismo?

Pero si el mismo modo de proceder de los protestantes constituye el mejor argumento en favor de la necesidad de que alguien explique las Sagradas Escrituras. Ellos, en efecto, no se contentan con distribuir biblias; envían también predicadores que las interpreten y expliquen. Si fueran lógicos deberían contentarse con distribuir las Sagradas Escrituras; pero es que todo el que tenga algún conocimiento de los libros sagrados ve las dificultades de que están llenos y se da cuenta de la necesidad de un guía para llegar a entenderlas acertadamente.

Este guía cuya necesidad hemos visto indicada en la misma Sagrada Escritura nos ha sido dado en nuestra Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Esto es hasta tal punto cierto que San Agustín escribía: “Yo no creería en el Evangelio si no me moviera a ello la autoridad de la Iglesia Católica”<sup>71</sup>.

Cristo encomendó a los Apóstoles, de viva voz, ciertas enseñanzas, a las cuales se agregaron las enseñanzas que más tarde recibieron del Espíritu Santo, conforme al anuncio de Cristo. Este conjunto de enseñanzas debía ser transmitido por los Apóstoles a las generaciones posteriores como pasado de mano en mano, según la expresión del Concilio de Trento<sup>72</sup>. La Sagrada Escritura y las enseñanzas de que acabamos de hablar, es decir, la Divina Tradición, constituyen juntas el depósito de la revelación que ha sido confiada por Dios exclusivamente a la Iglesia Católica.

## **9. Obligación de escuchar a la Iglesia Católica, Apostólica, Romana. La Iglesia, base de la unidad nacional.**

A la Iglesia Católica, Apostólica, Romana hay que acudir en busca de la verdad, de la cual ella es depositaria exclusiva. Ala Iglesia, cuya cabeza visible es el Papa, se debe recurrir para obtener de ella los medios de santificación que nos son necesarios para poder servir a Dios en esta vida y llegar a obtener el premio que El tiene prometido a los que le sirven fielmente en el tiempo de la prueba de la existencia terrena. Por todo lo que significa la Iglesia Católica, por todo lo que es para nosotros, los santos, los Padres de la Iglesia y todos los que están animados de una fe viva y profunda la han amado entrañablemente y la han venerado desde lo más íntimo de sus almas. La Iglesia Católica es la madre que nos ha dado el ser espiritual, ese ser que nos hace partícipes de la naturaleza divina y que nos pone en capacidad de ejecutar acciones que merecen un eterno galardón; es una madre que no contenta con habernos dado la vida sobrenatural nos nutre con los sacramentos que Cristo le dejó para que por medio de ellos nos explicara los méritos de su pasión y de su muerte; es la Iglesia una madre que nos alimenta con el pan celestial de la doctrina verdadera. La Iglesia Católica es el cuerpo místico de Cristo, que da a nuestras súplicas una fuerza especial convirtiéndolas en súplicas de Cristo. Es el arca dentro de la cual estamos ciertos de no perecer cuando todo en torno nuestro perece.

Para nosotros en Colombia la Iglesia Católica tiene un significado especial porque está íntimamente unida con la entraña misma de nuestra nacionalidad. La Iglesia Católica asistió a nuestro nacimiento como nación, y ha sido la Iglesia Católica la que ha acompañado todos nuestros pasos. Nuestra cultura, nuestro espíritu están hondamente impregnados por las enseñanzas de la Iglesia Católica, y ciertamente sería presagio de un verdadero y aterrador cataclismo la separación de aquella a quien de una manera muy propia debemos más que nadie apellidar madre nuestra. Por eso todos los que atentan contra esa unidad religiosa, que está constituida entre nosotros por la adhesión de todos los colombianos a la Iglesia Católica, no sólo nos arrebatan el más preciado de los bienes, el que todo lo supera y por el cual debería sacrificarse sin vacilaciones la vida misma, sino que socavan los cimientos de nuestra paz, de nuestro progreso y de nuestro bienestar. Fue eso lo que justamente movió a los constituyentes de 1886 a escribir aquella frase que subsiste aún en el Concordato vigente: “La Religión Católica, Apostólica, Romana - es esencial elemento del orden social”. Es por eso obra de destrucción la que vienen a realizar en nuestra patria los protestantes; ellos no sólo vienen a arrebatarnos la fe que recibimos al nacer, que nos ha acompañado en el decurso de nuestras vidas, que nos ha proporcionado tantos consuelos en las horas amargas, y que nos ha hecho concebir tantas esperanzas en los peores momentos, sino que viene a minar las bases de nuestra cultura nacional y social. Oponerse, por consiguiente, a su labor de propaganda no es solamente el cumplimiento de un deber impuesto

<sup>70</sup> 2 Tim. 2, 2.

<sup>71</sup> S. Augustinus. Contra Epist. Fundamenti Manichaeorum.

<sup>72</sup> Conc. Trident. Sess. IV.

por la religión que sabemos venida de Dios, sino un acto de verdadero patriotismo.

Si la Iglesia Católica es y ha sido siempre el faro en medio de las más arrebatadoras tormentas, nunca se podría decir esto con mayor verdad que en los tiempos que vivimos. Son, en efecto, estos días de crisis para la humanidad y para la civilización. Detrás de la lucha que se está librando en los campos de batalla están los problemas no resueltos que en realidad han sido las causas determinantes de esta pavorosa catástrofe que abrumba a la humanidad. Son serios problemas ideológicos que por carecer de solución adecuada hacen vacilar los fundamentos sobre los cuales descansa la sociedad humana. Pues bien: esos problemas tienen su origen en el apartamiento de la doctrina católica, en un paganismo, peor que el antiguo, que ha cerrado los ojos del espíritu a todo lo que no se pese y se mida, a todo lo que no se vea materialmente y se palpe de manera sensible. Y esos problemas no podrán ser nunca resueltos sino mediante las enseñanzas de Cristo, que comunica autorizadamente la Iglesia Católica.

La conmoción que sacude al universo no podía menos de llegar hasta nosotros, porque en el mundo moderno se ha establecido una interdependencia entre las naciones, a la cual ninguna de ellas puede sustraerse; pasaron los tiempos antiguos en que un pueblo podía aislarse de los demás por medio de una muralla impenetrable bastarse a sí mismo y pensar exclusivamente en sus propios intereses. Hoy todos los países son solidarios, constituyen naturalmente una sociedad de naciones, y lo que a uno afecta no puede menos de encontrar repercusión en los demás. Basta echar una mirada a nuestro alrededor para advertir perturbaciones que no pueden menos de producir honda preocupación. Y éste es un motivo más para que volvamos nuestros ojos con fe ardiente y confianza ilimitada a la Iglesia Católica y a sus enseñanzas, para que hagamos descansar no solamente en nuestra vida individual, sino la vida de familia y toda la vida social y nacional en los salvadores principios cristianos.

#### **10. Recomendaciones finales de orden práctico. La vida cristiana. Devoción al Santo Sacrificio de la Misa y al Santísimo Sacramento; devoción a Nuestra Señora. Lectura del Nuevo Testamento.**

Vamos a terminar esta Carta Pastoral con algunas indicaciones de orden práctico encaminadas a hacer ver la manera como debéis luchar contra la propaganda protestante.

El primero de todos los medios, el más eficaz de todos, es una vida verdaderamente cristiana. La práctica de las virtudes tiene un poder de irradiación irresistible; la pureza de un alma en gracia donde habita la Augusta Trinidad se trasluce en todas las acciones, en todos los movimientos, en los menores gestos y en cada una de las palabras, y ejerce un influjo transformador infundiendo vivo amor al bien, a la verdad y a la virtud. Fue esa vida santa, santa en todos sus detalles, ese candor incomparable, esa integridad que nada quebraba, esa dulzura de los primeros cristianos, lo que hizo que el Evangelio se fuera adueñando de todo el mundo. Esa fue la fuerza a la cual no pudo resistir el palacio de los Césares, que conquistó los campamentos militares, que penetró en el senado romano, que llegó hasta el foro.

Sí, vosotros, amadísimos hijos en el Señor, no podéis encontrar un arma mejor para oponeros al avance del protestantismo en medio de vosotros, que el presentar a los secuaces de la herejía el ejemplo de una vida imaculada, de una vida genuinamente cristiana, en la cual reluzcan espléndidamente todas las virtudes.

Es necesario reconocer que los católicos se apartan con frecuencia de las normas de conducta que les traza la religión que profesan, y dan cabida a desórdenes que suministran pretexto a los propagadores del error para diseminar sus falsedades. Es necesario que seáis hijos modelos de la Iglesia Católica, de modo que vuestro género de vida sea un elogio viviente de la religión que profesáis y un motivo para que los fríos se enfervoricen y los que tienen nublados los ojos perciban la plena luz de la verdad.

Pero como esa vida cristiana no puede existir sino mediante la piedad, os recomendamos encarecidamente que redobléis vuestra devoción al Santo Sacrificio de la Misa, que es la renovación incuenta del Sacrificio con que Cristo nos redimió en el Calvario. Queremos que los fieles aprendan más y más a unirse con este adorable Sacrificio, que debe constituir el centro de toda la piedad cristiana. Es muy consolador el ver que cada día es mayor el número de los que siguen la Misa en el misal, valiéndose para asistir al acto más sublime que tiene el culto ofrecido oficialmente a Dios por la Iglesia, de las mismas oraciones que el sacerdote emplea al ejercer su sobrehumano ministerio. Deseamos que se inculque a los fieles que no solamente deben asistir al Santo Sacrificio de la Misa, sino que deben unirse de la manera más íntima al sacerdote siguiendo paso a paso sus acciones y aun las mismas oraciones que pronuncia. Quisiéramos por esto que se suprimiera durante la Misa todo cuanto distrae la atención de los fieles de lo que se lleva a cabo en el altar.

Cristo en vísperas de su pasión y de su muerte instituyó no solamente el Sacrificio de la Misa, sino el sacramento de la Eucaristía. Quiso quedarse presente en medio de nosotros para sostenernos durante nuestra peregrinación en la tierra, para alimentar nuestras almas, para reparar nuestras fuerzas y para escuchar nuestras súplicas desde su sede de amor del tabernáculo. Es preciso reavivar la fe en la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo bajo las especies eucarísticas; es necesario nutrirse de su Carne y de su Sangre sacrosantas; los fieles deben acudir a presentarle sus adoraciones y sus súplicas, ora cuando esté silenciosamente reservado en el Sagrario, ora cuando se halla solemnemente expuesto en su trono de Rey en las iglesias.

Imposible pensar que haya verdadera piedad cuando no hay devoción a la Santísima Virgen. El cristianismo auténtico siempre tuvo un gran amor a Nuestra Señora, y se distinguió por una confianza en Ella que sólo viene de la que tiene en Dios, en Jesucristo y en sus méritos. Ella, por quien recibimos al Redentor, fuente de todas las gracias, sigue siendo el conducto por medio del cual Dios quiere continuar dispensándonos todos sus beneficios.

El pueblo católico de Colombia ha demostrado siempre lo profundo de su catolicidad por el afecto y la devoción filiales que ha profesado a la Madre de Dios. Las fiestas de Nuestra Señora han sido y son entre nosotros espléndidas manifestaciones de fe en sus prerrogativas y homenajes resonantes en su honor. Y a este culto fervoroso tributado a la Santísima Virgen debemos atribuir tantas y tantas bendiciones como Dios se ha complacido en prodigar a esta tierra colombiana.

Pero es necesario que esta devoción a la Santísima Virgen se acreciente todos los días; y por eso os exhortamos, amadísimos hijos en el Señor, a que la honréis de una manera especial con el rezo del Santo Rosario, que a Ella le es tan particularmente grato, y que ha sido fuente de tan insignes gracias para la Iglesia. También os exhortamos a que os esmeréis en celebrar las fiestas de la Santísima Virgen añadiendo aun singular fervor la recepción de los sacramentos de la Penitencia y de la Sagrada Eucaristía, pues nada puede haber más grato a los ojos de Nuestra Señora que una conciencia purificada y un alma nutrida con la Carne y la Sangre de su Hijo Santísimo. Es preciso además que el amor, la veneración y el culto que se tributen a la Santísima Virgen vayan acompañados del esfuerzo por hacer que la vida de los que se precian de ser sus hijos se acerque cada día más al ideal sublime de santidad y de pureza que Ella encarnó con tan extraordinaria perfección.

La devoción a Nuestra Señora es un medio eficacísimo de combatir la difusión del protestantismo entre nosotros, precisamente porque su altísima dignidad y sus eximios privilegios son uno de los puntos de la doctrina que más acerbamente combaten los protestantes; y lo es también porque, como lo canta la Iglesia, es Nuestra Señora la que siempre ha dado muerte a todas las herejías.

#### **11. Fomento de vocaciones sacerdotales. Acción Católica. Publicaciones varias.**

Una de las razones por las cuales los protestantes logran hacer su propaganda con algunos resultados, principalmente entre las gentes sencillas y de insuficiente instrucción religiosa, es la escasez de sacerdotes.

Si los propagadores de la herejía encontrarán en todas partes a fieles tutelados por la vigilancia y celo de un sacerdote, difícilmente podrán apartarlos de la Iglesia Católica. Pero generalmente los fautores del protestantismo eligen para sembrar el error aquellos lugares en donde menos se hace sentir la acción del sacerdote, ya por la magnitud de las distancias, ya por el crecido número de fieles que están a su cuidado. Por otra parte, la vida cristiana, para alcanzar la plenitud de que os hemos hablado anteriormente, para producir esa floración de virtudes que le es característica y que constituye su fuerza y su principal secreto de expansión, necesita indispensablemente de la acción del sacerdote. Por eso os exhortamos, amadísimos hijos en el Señor, a orar ya trabajar intensamente por el aumento de las vocaciones sacerdotales.

El Papa Pío XI, de gloriosa memoria, insistió de una manera constante, en el curso de su pontificado, en la necesidad de que la Jerarquía y los sacerdotes tuvieran la cooperación de los laicos en la obra magna de conquistar almas para Cristo.

Apenas los protestantes han hecho un prosélito cuando ya lo convierten en propagandista ardiente e incansable del error. El Papa, al organizar la Acción Católica, ha dado a la Iglesia un arma muy superior a aquella de que se valen los herejes. Mediante esa institución maravillosa los simples fieles están en capacidad de ejercer, bajo la dependencia de la Jerarquía, una actividad de grande eficacia para la conservación de la fe católica y para su defensa contra la herejía protestante. La Acción Católica, que fue definida por el Papa Pío XI “la participación de los laicos en el apostolado jerárquico de la Iglesia”, es el “brazo largo” que permite al sacerdote llegar a lugares, personas y medios que unas u otras circunstancias no le dejan alcanzar con su acción propia. No es difícil, por lo tanto, comprender de cuánta utilidad puede ser la Acción Católica para conjurar el peligro con que nos amenaza la propaganda herética. Estad, pues, prontos, amadísimos hijos, a atender el llamamiento que os hagan los pastores de vuestras almas a colaborar en la defensa, la extensión y consolidación del reinado de Cristo. En defensa de la verdad es necesario valerse de todos los medios que estén a nuestra disposición. Por eso juzgamos oportuno recomendar la divulgación de hojitas escritas en estilo sencillo y comprensible para el pueblo, en que se establezcan con claridad y grande exactitud doctrinal las verdades de nuestra sacrosanta religión y se refuten las falsedades que propalan entre los católicos los seguidores de la herejía protestante. También estimamos muy convenientes los periódicos y todas las publicaciones que se propongan el mismo objeto. Pero es necesario que todos estos escritos sean cuidadosamente meditados y sometidos a la aprobación de la autoridad eclesiástica.

Debéis tener en cuenta, amadísimos hijos, que es obligación vuestra huír del trato con los propagadores de la herejía y evitar prestarles cualquier género de apoyo. Recordamos a los padres de familia que cometerían gravísima falta si enviaran a sus hijos a los colegios y escuelas protestantes; el hacerlo les acarrearía una excomunión reservada al Ordinario (canon 2319). Los que leen o retienen libros que de propósito tratan de difundir la herejía o de defenderla incurren en excomunión reservada de manera especial a la Santa Sede (canon 2318).

Amadísimos hijos en Nuestro Señor:

No queremos terminar nuestra Pastoral Colectiva, ni que se clausure la presente Conferencia Episcopal sin dirigiros un paternal y entrañable saludo en Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea todo honor, toda alabanza y toda gloria.

Como padres y pastores, somos todos de vosotros y para vosotros: de vosotros, con una paternidad sobrenatural, llena de amor y de ternura, que nos inspira los más vehementes deseos de vuestra verdadera felicidad; para vosotros, pues bien querríamos ir en vuestro servicio y por la santificación y salvación de vuestras almas hasta los mayores sacrificios, hasta la muerte misma.

Nos damos perfecta cuenta de vuestras angustias, de vuestras dificultades, de vuestras penas, de los muchos peligros en que pueden hallarse vuestras almas; y procuraremos estar a todas horas cerca de vosotros para iluminaros, para consolaros y aliviaros.

En las actuales circunstancias, ya tan afflictivas y penosas para toda la humanidad y que no podemos prever hasta cuándo hayan de durar ni hasta dónde hayan de agravarse, os exhortamos a que, a la luz de la fe, las recibáis con cristiana resignación y paciencia, como castigo justo del olvido a Dios y de su santa ley en que han vivido los hombres y naciones; a que miréis tan grandes calamidades que pesan sobre el mundo como un llamamiento divino a la sincera penitencia y como una advertencia providencial para que enderecemos

toda nuestra vida por caminos más conformes con la doctrina del Evangelio y con los altos ideales espirituales y sobrenaturales que él señala a nuestra existencia sobre la tierra.

Perseverad, hijos carísimos, en la santa fe católica, en la caridad y en el amor de unos a otros; en la adhesión a la Santa Iglesia, a su Jefe Supremo el Romano Pontífice y a los Pastores a quienes Dios ha encomendado la guarda y dirección de vuestras almas; manteneos en la sujeción cristiana a todos vuestros superiores a los cuales, por disposición divina estáis sometidos; perseverad, en una palabra, en la fidelidad inquebrantable hasta la muerte a Cristo Nuestro Señor y Salvador.

Sea prenda de la misericordia y protección divinas la bendición que os enviamos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

---

Esta pastoral será leída y explicada en todas las iglesias y capillas de la República en varios días festivos.

Dada en Bogotá el Domingo de Pentecostés del año de 1944.

+**Ismael**, Arzobispo de Bogotá. +**José Ignacio López**, Arzobispo de Cartagena. +**Joaquín**, Arzobispo de Medellín. +**Diego María**, Arzobispo de Popayán. +**Leonidas**, Obispo de Socorro y San Gil. +**Rafael**, Obispo de Nueva Pamplona. +**Pedro María**, Obispo de Ibagué. +**Miguel Angel**, Obispo de Santa Rosa de Osos. +**Luis Adriano** Díaz, Obispo de Cali. +**Crisanto**, Obispo de Tunja. +**Luis Concha**, Obispo de Manizales. +**Antonio José Jaramillo**, Obispo de Jericó y Administrador Apostólico de Antioquia. +**Julio Caicedo**, Obispo de Barranquilla. +**Gerardo Martínez**, Obispo de Garzón. +**Ángel María Ocampo Berrío**, Obispo Coad. de Socorro y San Gil. +**Luis Andrade Valderrama**, Obispo Auxiliar de Bogotá. +**Fr. Gaspar Miguel**, Obispo titular de Cadossia, Vicario Apostólico del Caquetá. **Emilio Larquére**, Prefecto Apostólico de Tierradentro. **José María Potier**, Prefecto Apostólico de Arauca. **Fr. Bernardo Merizalde**, Prefecto Apostólico de Tumaco. **Francisco Sanz C.M.F.**, Prefecto Apostólico del Chocó. **Rafael Toro S.J.**, Prefecto Apostólico del Río Magdalena.